

EL LABERINTO Y EL HILO

Un navío en
el Monte Ararat

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Sobre una prominencia de la tierra recién enjuta reposó, luego de la larga tempestad de cuarenta días con sus pavorosas noches, el navío que la mano del anciano construyera por mandato divino, para salvar las especies vivas del desastre de las aguas. Ya la paloma había traído en su pico la rama pacífica del olivo y florecía el universo con nueva esperanza. Ararat se llamaba aquella cima y Noé era el nombre del patriarca que navegara, plena el arca de parejas fecundas, entre la tormenta diluvial. No habrá quien no recuerde el grabado que en el texto escolar ilustraba el episodio bíblico que aquí evocamos. Por mil razones seductores —tal vez, en primer lugar, por la postulación de una aventura cósmica—, los hechos de aquella historia atrajeron la atención del niño que alguna vez fuimos y que muchos todavía serán. Por eso, en verdad, la historia sagrada es un mito que queremos situar en un mundo anterior al mundo, en un ámbito supraterráneo. Y que no nos resignamos, como con tantas otras imágenes que surgieron al conjuro de la edad del descubrimiento vital, a saber en cierto modo ciertas. La arqueología, sin embargo, parece ahora enemiga de este misterio de la fantasía, de este tesoro de sueños.

Lo afirma el cronista adelantando excusas a sus amigos arqueólogos y por causa de un cable reciente. Aviones militares turcos avistaron sobre el Ararat, volcán muerto situado al Este de aquella república, una forma náutica de 150 metros de largo por 50 de ancho que se calcula el resto, prodigiosamente superstite, del arca de Noé. En la falda del coloso apagado, vigía de Armenia, permanece este objeto. Una misión arqueológica saldrá en expedición para verificar si efectivamente aquello es lo que se sospecha. ¿Y si es? El viejo Noé, ingeniero anterior a la ingeniería, navegante predecesor de todas las grandes navegaciones, saldrá del mito y recuperará su rostro humano, sus barbas blancas e hirsutas, sus músculos elásticos y ágiles, sus manos sarmen-tosas y prácticas, y sus pupilas aguileñas, avizoras de la calma en el horizonte de las aguas desenfrenadas. La ilusión, si la conjetura es justa, cederá paso a la historia concreta. Y el anciano será un marino que, jubilado ya, se dio a la bebida que él mismo inventó...

Lo cual no deja de ser melancólico. Nos queda, no obstante, la promesa de poder vislumbrar en el interior de la secular nave las huellas de su famoso pasaje: la pajarería ensordecedora, el tropel de los animales salvajes y domésticos, el reptar sigiloso o torpe de ofidios y seres de carne fría, la abigarrada población de enamorados de todas las suertes y géneros que ahí hizo la travesía hacia el porvenir, desde la hormiga laboriosa, espejo de empeños titánicos, hasta el elefante, inmensa y delicada "raíz del cielo" como los motejara Raymond Gary. Y entre ellos el hombre, el mismo que ahora, desde un avión militar, atado y las Universidades de su supervivencia

de
stín
imo
en
ras,
del

Marco y Católica, figura la dación de la Ley de creación de la Facultad de Farmacia; una subvención para el Colegio de Aplicación de San Agustín, de la Facultad de Educación; la expedición de una Resolución creando el pasaje universitario y el

Sarantico
acrecentado u
der los mora
res repeler,
dichos ataque
Como se s
do amazónico
te ha cumpli
rio, se encue